La venganza del muñeco de nieve

R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I N T R O D U C C I Ó N

Yo vivo en Nueva York, y cuando se vive en una ciudad tan poblada y ruidosa como ésta, es normal que lleguen a tus oídos muchas conversaciones ajenas.

Una tarde, al pasar frente a un instituto del barrio, oí un retazo de conversación entre dos muchachos.

-Se puede morir de miedo -decía un chico alto con una gorra de béisbol-. Pasa muchas veces.

-¡Imposible! -replicó su amigo-. ¡Cómo vas a caer muerto sólo por ver algo que da miedo!

-Es que se te para el corazón -insistió el primero-. Es como si se quedara congelado. Como si una persona se quedara congelada del miedo... para siempre.

Congelado de miedo, pensé mientras veía a los dos muchachos correr hacia el autobús. ¿Puede el miedo dejar congelado a alguien?

Justo en ese momento, empezó a nevar.

Cuando volví andando a casa, ya se había levantado una auténtica ventisca. En la calle y en mi mente. Corrí a mi ordenador y escribí la historia siguiente.

A MI AMIGO BILLY se cree todo un personaje.

Siempre está dándose importancia, y ésa es una de las cosas, entre otras muchas, que nos molesta de él.

Billy es un tipo fastidioso. ¿Que por qué? Pues incluso se podría hacer una lista:

1) Es engreído.

2) Es fanfarrón.

3) Es una cotorra.

4) Se cree un experto en todo.

5) Se cree más listo y mejor que nosotros.

Nosotros somos yo, Rick Barker, y mis otros amigos, Loren y Fred. Los cuatro vivimos en la misma calle y jugamos juntos desde que íbamos al jardín de infancia. O sea que por mucho que siempre lo estemos criticando, tenemos que aguantarlo. Creo que lo que más nos fastidia es que no para de hablar. Y siempre del mismo tema: la muerte.

«¿A que no sabes que se puede matar a una persona a cosquillas sin tocarla siquiera?», dice Billy.

Parece obsesionado. Siempre está contando historias truculentas sobre formas de encontrar la muerte.

«¿A que no sabes que puedes morirte de picores mientras duermes?»

«¿A que no sabes que si alguien tira una pluma desde un avión y te cae en la cabeza te puede matar?»

A nadie le gusta oír esas cosas. ¡Es que te puedes volver loco!

Hoy, cuando íbamos los cuatro de camino al parque del barrio, Loren, Fred y yo decidimos que cuando llegáramos pondríamos a prueba una de las descabelladas teorías de Billy sobre la muerte.

Debido a la nevada habían suspendido las clases, así que estábamos de muy buen humor.

Había más de medio metro de nieve, y algunos montones me llegaban hasta los hombros. Era fantástico.

Todo se había cubierto de blanco, excepto el cielo, que estaba completamente azul. Era un día precioso, frío y despejado.

El aliento se transformaba en nubes de vaho al salir de la boca, y la nieve crujía bajo el peso de nuestras botas.

Cuando llegáramos al parque, pensábamos pedir a algún niño que nos prestara su trineo.

Pero ¿a que no sabéis de qué iba hablando Billy por el camino? ¡Adivinad!

- ¿Sabíais que te puedes quedar paralizado por el miedo?

Dejé escapar un quejido.

- ¿Por qué no nos dejas en paz, Billy?

- ¡Es verdad! -replicó-. Si te llevas un susto muy gordo, te puedes quedar paralizado..., como congelado para siempre. No puedes hablar, ni te puedes mover. ¡Es como morirse de miedo, sólo que estás vivo!

- ¿Ah, sí? ¡Pues venga, vamos a probarlo! -exclamé.

Agarré a Billy por las hombreras de la parka.

- ¡Vamos a experimentar tu teoría!

Creo que tanto Loren como Fred tuvieron la misma idea que yo. Billy forcejeó y pataleó, pero entre los tres logramos sujetarlo. Lo levantamos del suelo y lo metimos de pie en el montón de nieve más alto que encontramos.

Antes de que le diera tiempo de escabullirse, amontonamos la nieve a su alrededor.

Era una nieve húmeda y compacta, perfecta para moldear.

-Pero ¿qué estáis haciendo? -exclamó Billy.

- ¡Estamos convirtiéndote en muñeco de nieve! -respondió Fred.

Trabajamos a marchas forzadas, arrojándole la nieve encima y amontonándola a paletadas sobre la cabeza y los hombros.

-¿No podríamos llegar a un acuerdo? -gritó Billy-. Sabéis que no soporto las apreturas. ¡Eh, parad ya! Esto no tiene ninguna gracia. Me estoy helando. Voy a pillar un resfriado. ¡Venga! ¡Dejadme salir de aquí!

Los tres nos echamos a reír. Era divertido ver la cara que ponía por una broma tan inofensiva.

-Ha sido idea tuya -repliqué-. ¿No quieres experimentar y comprobar si es cierto que uno se puede quedar congelado de miedo?

- ¡No! ¡No quiero! -gritó Billy.

-¿Quieres pronunciar tus últimas palabras? -le preguntó Fred.

- Sí. ¡Sacadme de aquí!

Le cubrimos la cabeza, aunque dejamos dos agujeros en la parte de arriba para que pudiera respirar. Loren encontró dos pedruscos redondos, perfectos para hacer de ojos, y una ramita torcida para la nariz. Fred y yo moldeamos la nieve de modo que pareciera un verdadero muñeco y la apretamos hasta dejarla bien compacta. Loren le dio el toque de gracia anudando su bufanda al cuello del muñeco.

- ¿Qué tal, Billy? ¿Qué tal tiempo hace ahí dentro? -dije a voces-. ¿Qué tal va eso, valiente? Billy no respondió.

Retrocedimos unos pasos para admirar nuestra obra de arte.

- ¡Qué bien ha quedado! -exclamó Loren. Y los tres chocamos las palmas con los guantes mojados y todavía cubiertos de nieve.

Billy asomaría de sopetón en cualquier momento dando alaridos y acribillándonos con bolas de nieve. «Saldrá sin problema -pensé-. Quitarse la nieve no tiene ninguna complicación.»

Pero Billy no se movía. Seguía inmóvil, como un muñeco de nieve. Los dos pedruscos que hacían de ojos nos miraban fijamente.

- ¡Eh, Billy! -llamé.

Silencio.

-¿Billy? ¿Estás ahí?

El silencio se hizo largo y siniestro.

- ¿Billy? -insistí.

No hubo respuesta.

Fred se echó a reír.

-Sólo quiere asustarnos -dijo. Me tiró del brazo y añadió-: Vamos, Rick, que he visto a unos chavales por ahí arriba con trineos. ¡Vamos a ver si nos los dejan!

Mientras corríamos colina arriba, volví la vista atrás. Billy seguía inmóvil. ¿A qué estaría esperando?

- ¡Eh, campeones! - gritó Fred en dirección a una pandilla de chicos-. ¿Nos dejáis dar una vuelta?

¿Cuánto tiempo pasaríamos jugando con los trineos? La verdad es que no lo sé. El sol empezaba a ponerse en el horizonte y las sombras azuladas se alargaban sobre la nieve.

Devolvimos los trineos a los chavales y emprendimos el regreso a casa.

De pronto me acordé de Billy. Bajé por la pendiente, frotándome las mejillas. Vi desde lejos que el muñeco seguía en el mismo lugar donde lo habíamos dejado.

«¡Oh, no! -pensé, y salí corriendo hacia él gritando-: ¡Billy! ¡Billy!»

Nos habíamos olvidado de él por completo. Sentí un nudo en la garganta. Todo el cuerpo me temblaba.

¿Se habría congelado allí dentro?

¿Se habría convertido la broma en tragedia? ¡No, por favor, no!

Agarré la cabeza del muñeco.

-¿Billy? ¡Eh! ¡Contéstame! ¿Por qué no respondes?

La nieve estaba sólida, dura como el cemento armado.

Metí las manos enguantadas y me puse a escarbar desesperado, arrancando la nieve a pedazos.

- ¿Billy? ¿Me oyes?

Rápidamente, a zarpazos, lanzando nieve a diestra y siniestra, logré arrancar la compacta capa frontal del muñeco, que cayó desmenuzada en el suelo.

- ¿Billy? ¡Eh, Billy!

Seguí arrancando furiosamente capa tras capa del muñeco.

Pero Billy no apareció.

Di un paso atrás, estupefacto. ¿Dónde podría estar?, me pregunté mientras contemplaba los pedazos de nieve en el suelo.

Era imposible que hubiera salido de allí dentro: el muñeco estaba exactamente en el mismo lugar donde lo habíamos dejado.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me arrebujé en el abrigo, pero no dejaba de temblar.

Entonces oí un leve susurro a mis espaldas:

-Me habéis congelado, Rick. ¡Me habéis congelado!

- ¡No! -exclamé, ahogando un grito.

Giré sobre mis talones.

- ¿Dónde estás? -pregunté con la voz quebrada-. ¡No te veo!

Silencio. Sólo se oía el silbido del viento, sacudiendo la nieve de las ramas de los árboles.

- Me habéis congelado, Rick - oí susurrar de nuevo. Y entonces asomó Billy tras el tronco de un árbol. Vino hacia mí con la cabeza gacha, dando tumbos, tambaleándose con un extraño movimiento a cámara lenta.

Y luego, despacio, muy despacio, alzó la cabeza... y le vi la cara, cubierta por una corteza de hielo. Tenía pedazos de nieve pegados al pelo y a las cejas. Y de las mejillas y la mandíbula le colgaban pequeños carámbanos.

Abrí la boca despavorido. Billy se aproximaba, tambaleándose en la nieve con las manos enguantadas extendidas como para abalanzarse sobre mí.

- Me habéis congelado, Rick. ¡He MUERTO congelado!

Me castañeteaban los dientes, y una oleada de escalofríos me recorría el cuerpo. Me quedé viendo venir a Billy, paralizado por el miedo.

Y entonces sentí que algo se quebraba en mi interior, en mi cerebro. Apenas un leve chasquido. Intenté moverme, intenté pedir socorro, pero no podía. Las piernas, los brazos... no me respondían. No podía abrir la boca para gritar. ¡Ni siquiera era capaz de parpadear!

Miré al frente, estupefacto.

Billy se acercó. Ya estaba junto a mí.

- ¿Qué te pasa, Rick? -preguntó.

Yo lo veía y lo oía perfectamente, pero era incapaz de responder. Mis labios no podían articular sonido alguno.

Y entonces recordé las palabras de Billy: «Si te llevas un susto muy gordo, te puedes quedar paralizado..., como congelado para siempre.»

- Venga, Rick -decía Billy-. El juego ha terminado. Ha sido una broma, de verdad. Mira: el hielo y la nieve me los he pegado a la cara para dar más miedo. ¿Ves?

Se arrancó un pedazo de hielo de la mejilla.

- Reacciona, Rick -decía-. Si no me ha pasado nada. Esperé a que os alejarais y luego salí del muñeco a fuerza de golpes. No fue tan difícil. Como estabais entretenidos con los trineos, no me visteis romper el hielo. Ni reconstruir el muñeco. Lo volví a levantar y luego me escondí detrás de un árbol, esperando a que volvierais.

Me estrechó el hombro con la mano. Yo la sentía, pero era incapaz de moverme. Agitó la mano frente a mi cara, pero yo no podía parpadear. Los ojos no me respondían.

-Oye, Rick, estás tomándome el pelo, ¿verdad? -preguntó-. Venga hombre, déjalo ya. Di algo. ¿Te ha hecho gracia la broma? Ha estado bien, ¿eh? ¿Te he asustado? Venga, Rick..., ¿te he asustado?

Librodot